

NICOSIA: BERLIN DEL MEDITERRANEO

MARIA PALOMAR

LA capital de Chipre es, curiosamente, la única ciudad de la isla situada en el interior del país. El viajero que desembarca o aterriza en lo que queda de la República —poco más de la mitad— lo hace a orillas del mar, y, para llegar a Nicosia, primero habrá de atravesar el calcinado y yermo paisaje lunar de la Mesaoria, el gran valle central delimitado por las sierras de Kerinia y Tróodos.

Aunque ha sido la capital de la isla por diez siglos consecutivos, Nicosia es aún, por donde se mire, un modesto poblado de carácter provinciano. Mejor no pensar en los libros de Historia, ni en las descripciones que viajeros más afortunados han hecho del lugar. Queda poquísimo de lo muy poco que pasó inadvertido a las múltiples hordas invasoras que, por desgracia, aún no pierden su secular costumbre de ensañarse con Chipre.

Y es que la clave para entender esta isla es, precisamente, su tradicional papel de botín en cuanto conflicto surge en el Mediterráneo oriental. ¡Qué más quisieran sus habitantes que poder deslizarla a remolque y anclarla en aguas más tranquilas! Pero aquí está el meollo del problema: mientras que algunos escogerían como puerto las dulces aguas del golfo de Corinto, otros desearían, tras un simple recorrido de 70 kilómetros, atracar en las costas turcas.

Nicosia, como botín de muestra que es de la isla, no es una ciudad "mestiza", no es un crisol de las civilizaciones que, a lo largo de casi treinta siglos, se han disputado tal botín. Nicosia ha sido siempre una dicotomía, un punto geográfico de peligroso y nunca bien mantenido equilibrio entre fuerzas opuestas.

La historia moderna de la joven república es la triste historia de esa dicotomía, atizada y exacerbada hasta la esquizofrenia.

El viajero que ve cómo las callejuelas y plazoletas de la anti-

gua ciudad amurallada terminan en trincheras, piensa que los tanques turcos ("made in USA") del verano de 1974 son responsables de tales barreras. Pero la realidad es más amarga, porque va más allá del simple juego de peones que la OTAN no ha concluido aún. Lo que ahora es piedra y cal ha sido siempre sentimiento y realidad cultural de un pueblo cuya unidad han tratado de evitar a toda costa los poderes políticos de su historia.

No ha habido aún, en la larga

"maronita", o "armenio"... Son pocas las personas lo suficientemente ilustradas como para definirse en tanto que chipriotas. Baste señalar que, hasta hace meses, los "armenios" y "maronitas" —nacidos en Chipre, con pasaporte chipriota— no cumplían servicio militar, como si tal obligación cívica fuera patrimonio exclusivo de un grupo religioso. Porque, en Chipre, decir griego es decir ortodoxo, y turco, mahometano. Y por más que los jóvenes educados en el extranjero

Ahora, ya nada puede ser mixto.

Una amiga grecochipriota, joven, abogado de profesión, me decía hace poco con total candidez: "¿Turcos? No, no conozco a ninguno de mi edad...; mis padres tenían algunos amigos, pero no la gente de mi generación". Esto sucede en Nicosia, que no cuenta con más de 140.000 habitantes...

La ciudad es, pues, no un pueblo de provincia: es dos medios pueblos que se dan la espalda y tratan de ignorarse. Dos mitades



La clave para entender esta isla es su tradicional papel de botín. En las fotos: dormitorio de niños y ropa tendida en un

y tortuosa historia de Chipre, ningún Gobierno que haya enfrentado con valentía y sensatez el problema. Incluso la Constitución del moderno Estado chipriota, que cuenta con dieciocho escasos años de existencia, perpetúa —quizá sin quererlo— la confusión y la esquizofrenia. Un observador de la ONU, el jurista consulto ecuatoriano doctor Galo Plaza, la calificó, ya desde sus orígenes, de "curiosidad constitucional".

En Chipre, Estado moderno, no existe el concepto de nacionalidad en términos actuales. O se es "griego", o se es "turco", o

ro se muestren escépticos en materia de religión, la fuerza de siglos sigue operando. La iglesia ortodoxa autocéfala de Chipre, continuando con la tradición bizantina, encarna un enorme poder político, cuyo ejemplo más patente fue el fallecido arzobispo y Presidente Makarios.

La Constitución, por ejemplo, estipulaba una educación segregada para los miembros de las distintas "comunidades", Tribunales religiosos (con jurisdicción civil) distintos, y otras medidas por el estilo. En toda Nicosia, sólo un colegio era "mixto"... herencia del dominio británico.

separadas tan sólo por alambradas y sacos de arena: medidas provisionales, pero donde la hierba ha tenido ya tiempo de haber crecido.

En una mitad hay un Gobierno constitucional, hay Embajadas. En las dos hay miles de personas que continúan viviendo como si, a 100 metros de distancia, no hubiese sino más casas, más gente, y no una franja desierta patrullada por los "boinas azules" de las Naciones Unidas y salpicada de puestos de control con soldados armados.

La parte vieja de la ciudad es un espectáculo deprimente. Los



campamento de refugiados. Arriba, el palacio del Gobierno, en la capital, tras los bombardeos del verano de 1974.

pocos edificios antiguos que quedan están en casi completa ruina; los otros han sido reemplazados por un auténtico muestrario de horrores pseudomodernos. Los chipriotas, que treinta años atrás eran incapaces de perpetrar tamañas fealdades, han sucumbido también a las influencias de la moda extranjera. Los suburbios de Nicosia son un abigarrado catálogo del más refinado mal gusto, que refleja tan sólo el empeño de sus habitantes por olvidar las viejas y hermosas casonas de sus aldeas natales y dar un aspecto "europeo" y "civilizado"; empeño que al parecer

comparten los responsables de la planeación urbana.

Y, sin embargo, las tradiciones están aún muy vivas. Los "pater-familias" siguen arruinándose por casar a sus hijas, cosa punto menos que imposible sin una dote importante que, en la mayoría de los casos, incluye una casa totalmente amueblada y, de ser posible, con automóvil al alcance. La situación legal de la mujer es sólo comparable con la de las infortunadas "ciudadanas" de algunos países islámicos... o con la de las españolas bajo el franquismo, a causa de la total identificación del Derecho Civil con el canónico en cuestio-

nes relativas a la moral y la familia.

A pesar de los pesares, la vida sigue adelante. Los restaurantes, en las frescas noches del abrasador verano de Nicosia, están siempre abarrotados. El carnaval y los festivales del vino atraen no sólo al turismo nacional: escandinavos y alemanes pasean sus enrojecidas epidermis por iglesias bizantinas y ruinas romanas, que no sólo hay sol y vino barato en Chipre. La economía sigue su curso ascendente de los últimos cuatro años, fruto de los gigantescos esfuerzos del pueblo y el Gobierno por superar los efectos de la invasión.

Nadie parece percatarse en mi barrio de que, a unos 500 metros de distancia, se oyen por la noche gritos —al parecer feroces— de los centinelas que montan guardia a ambos lados de la línea divisoria. Al ver mi preocupación, mis nuevos vecinos se apresuraron a tranquilizarme: "Sólo tratan de charlar para no dormirse. Se arrojan cigarrillos, ¿sabes?, en el 'otro lado' son muy caros...". Y un amigo recuerda cómo, cuando hizo su servicio militar, con tales conversaciones se reanudaban viejas amistades: gentes de la misma aldea que, bayoneta calada apuntada hacia el lado opuesto, reviven la tradición de las trincheras de la primera guerra mundial, a la manera chipriota: "Los turcos nos enviaron este año un cabrito para que celebráramos la Pascua de Resurrección".

Es curioso ver cómo los grecochipriotas no expresan en general ninguna hostilidad hacia sus compatriotas de origen turco, sino que los compadecen como víctimas que han sido también del intervencionismo extranjero. La situación económica de la región ocupada es desastrosa. Ankara está perdiendo millones de dólares cada año en el Norte de Chipre; pero, por desgracia, se trata de un asunto de "horrilla" nacional que aprovechan con gusto ciertas potencias, las mismas que alentarón la maniobra de la Junta militar griega para anexionarse la isla por medio del golpe de Estado que provocó la invasión turca.

El problema de Chipre es un problema de manipulación. Manipulación que comienza en la iglesia o mezquita y pasa por las aulas escolares para terminar en los oscuros vericuetos de los Ministerios de Defensa de varios países, que han sabido usar con fines estratégicos lo que, básicamente, son rencillas, si no entre hermanos, sí entre parientes muy próximos.

Y, como siempre, en términos de sufrimiento humano, los inmarcesibles designios de tal o cual potencia se traducen en un hijo muerto, una tierra perdida y una tienda de campaña en el campo de refugiados. A ese nivel, el dolor no tiene ni lengua ni religión. Es tan sólo un quejido de cientos de miles de chipriotas, cuya única culpa es haber nacido en la encrucijada de tantas ambiciones. ■